

La comunidad como aula viva: aprendizajes desde el territorio, la ruralidad y la experiencia



La educación adquiere un significado más profundo cuando trasciende las paredes del aula y se conecta con la vida cotidiana de los estudiantes. Una experiencia pedagógica que ha enriquecido mi práctica docente es la que he denominado La comunidad como aula viva, una visión que reconoce el territorio, la cultura y las personas como fuentes permanentes de aprendizaje. Esta perspectiva nace de la convicción de que el conocimiento adquiere mayor sentido cuando parte de la realidad de quienes aprenden.

Mi experiencia como docente en contextos rurales me permiti-

tió comprender que la comunidad constituye un escenario de enorme riqueza. El territorio reúne saberes, valores, tradiciones y convivencia que fortalecen el proceso formativo. En este contexto, la escuela deja de ser el único espacio de aprendizaje y se convierte en un punto de encuentro entre los conocimientos



Hoy estoy convencida de que aprender significa observar, dialogar, participar, investigar y actuar sobre la realidad.

académicos y los saberes cons- truidos por las comunidades.

Entre las experiencias más significativas estuvieron las mingas comunitarias, donde los estudiantes aprendían el valor de la solidaridad, cooperación y trabajo compartido. Más allá de las actividades realizadas, comprendían que el esfuerzo colectivo fortalece los vínculos humanos y contribuye al bienestar común.

Las actividades agrícolas se transformaron en valiosas oportunidades pedagógicas. Los huertos escolares permitieron integrar diversas áreas del conocimiento mediante experien-



cias prácticas. Los estudiantes aplicaban conceptos matemáticos al medir espacios y calcular producciones, y fortalecían sus aprendizajes en ciencias naturales al observar el crecimiento de las plantas. Así, el aprendizaje se volvía cercano, útil y significativo.

Otro elemento fundamental fue la incorporación de los conocimientos ancestrales. Las personas mayores compartían saberes relacionados con la agricultura, la medicina natural, las costumbres y las narraciones tradicionales, fortaleciendo la identidad cultural de los estudiantes. La memoria colectiva se convertía así en un patrimonio que merecía ser valorado y preservado.

Estas vivencias transformaron mi manera de entender la enseñanza. Comprendí que cualquier espacio puede convertirse en un aula cuando existe una intención pedagógica clara.

Los caminos, las chacras, los ríos y los lugares de encuentro comunitario ofrecían oportunidades para observar, investigar y construir conocimientos desde la experiencia directa.

Con el propósito de fortalecer la relación entre la escuela y la co-

munidad, implementamos uno de los proyectos más valiosos de mi trayectoria docente: la Escuela para padres. Una tarde al mes, los padres de familia asistían voluntariamente a espacios de aprendizaje compartido. El objetivo era aprovechar los conocimientos de los docentes y de la comunidad, a fin de promover la colaboración mutua.

Durante estos encuentros se desarrollaron talleres de cocina, costura, medicina ancestral y otras habilidades prácticas.

Cada sesión se convertía en un espacio donde todos enseñaban y aprendían al mismo tiempo. Esta iniciativa fortaleció la confianza entre la escuela y las familias e incrementó la participación de los padres.

Más que capacitación, la Escuela para Padres se consolidó como una comunidad de aprendizaje horizontal, donde saberes aca-

démicos y populares se encontraban en igualdad de condiciones.

Actualmente desempeño mi labor docente en un contexto urbano, donde los escenarios son distintos, pero la esencia de esta filosofía continúa guiando mi práctica.

Procuro vincular los contenidos escolares con la realidad de los estudiantes mediante actividades comunitarias cercanas, favoreciendo el pensamiento crítico y el compromiso con la transformación del entorno.

Hoy estoy convencida de que aprender significa observar, dialogar, participar, investigar y actuar sobre la realidad.

Cuando los estudiantes asumen un rol activo en la construcción de sus conocimientos, desarrollan competencias como la colaboración, la empatía y el pensamiento crítico, indispensables para afrontar los desafíos de la sociedad actual.

La comunidad como aula viva demuestra que los aprendizajes más significativos nacen cuando la escuela abre sus puertas a la comunidad y el conocimiento florece fuera del aula.



Con el propósito de fortalecer la relación entre la escuela y la comunidad, implementamos uno de los proyectos más valiosos de mi trayectoria docente: la Escuela para padres.